

LA ESPADA DE  
LA VERDAD

VOLUMEN I

LA ESPADA DE  
LA VERDAD

EL LIBRO DE  
LAS SOMBRAS  
CONTADAS

TERRY GOODKIND

timun**mas**

## **Agradecimientos**

Me gustaría dar las gracias a ciertas personas muy especiales:

A mi padre, Leo, por no decirme nunca que leyera, pero viéndolo leer se despertó mi curiosidad.

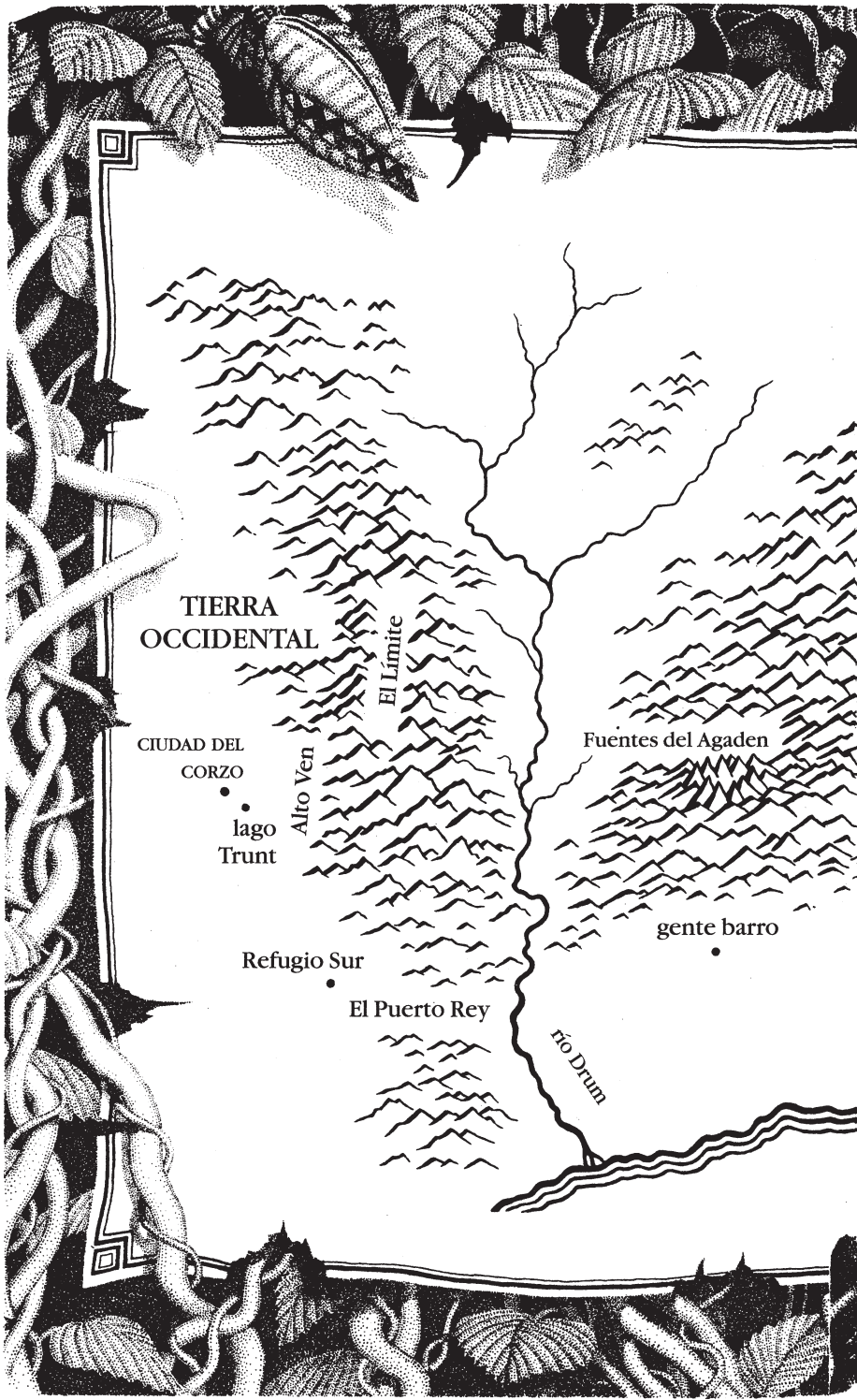
A mis buenas amigas, Rachel Kahlandt y Gloria Avner, por leer el primer borrador y ofrecerme sus perspicaces y valiosas opiniones. Y por no dudar nunca de mí cuando más lo necesitaba.

A mi agente, Russell Galen, por tener las agallas de ser el primero en coger la espada y convertir mis sueños en realidad.

A mi editor, James Frenkel, no sólo por su excepcional talento editorial, por guiarme y ayudarme a mejorar el texto, sino también por el inagotable buen humor y la paciencia que ha demostrado al enseñarme a ser mejor escritora.

A la buena gente de Tor, a todos y cada uno de ellos, por su entusiasmo y su esfuerzo.

Y a dos personas muy singulares, Richard y Kahlan, por escogerme a mí para contar su historia. Sus sufrimientos y sus éxitos me han llegado muy hondo. Nunca volveré a ser la misma.



TIERRA  
OCCIDENTAL

El Limite

CIUDAD DEL  
CORZO

lago  
Trunt

Alto Ven

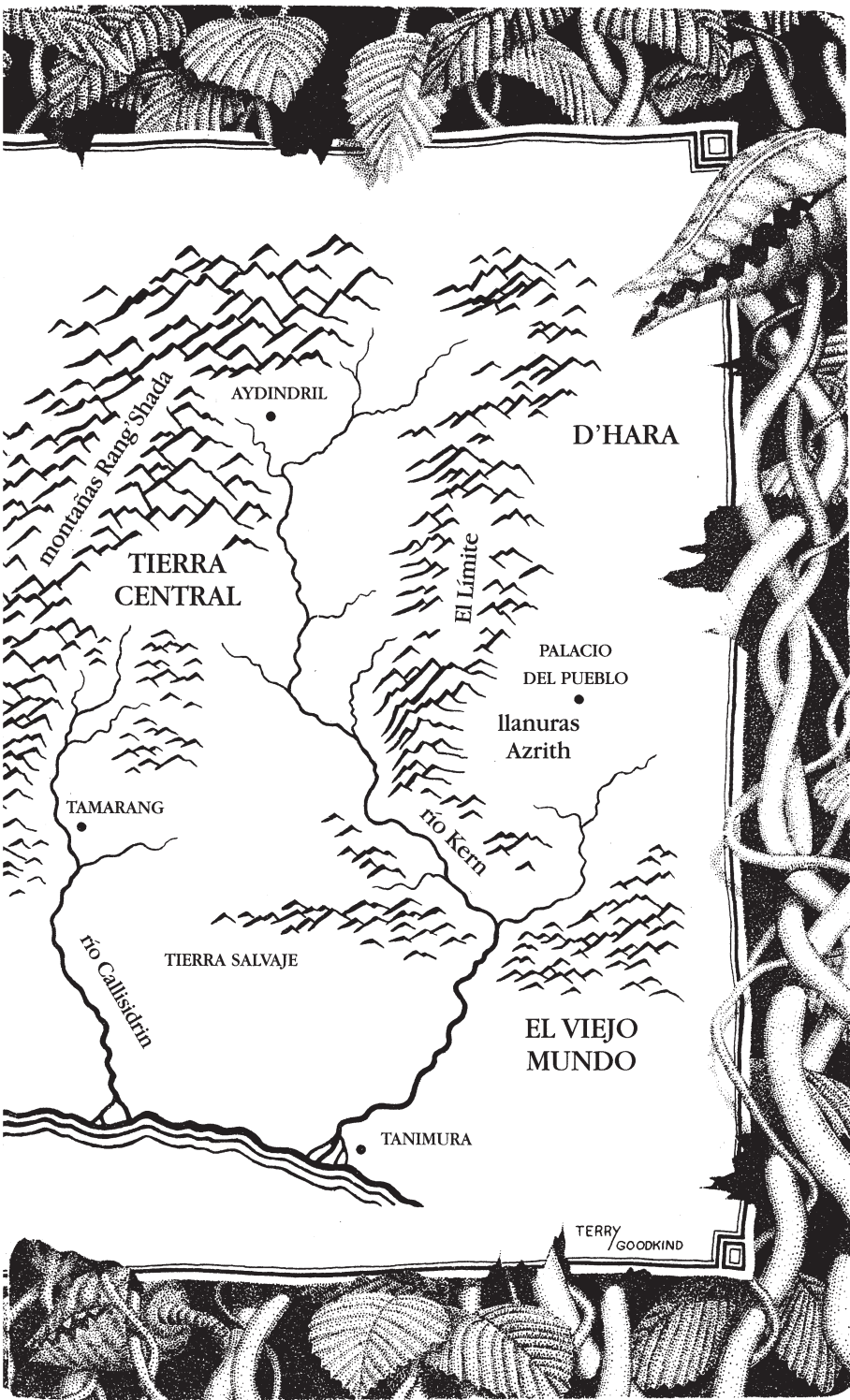
Refugio Sur

El Puerto Rey

Fuentes del Agaden

gente barro

río Drum



montañas Rang Shada

AYDINDRIL

TIERRA CENTRAL

D'HARA

El Limite

PALACIO DEL PUEBLO

Ilanuras Azrith

TAMARANG

río Kern

río Callisdrin

TIERRA SALVAJE

EL VIEJO MUNDO

TANIMURA

TERRY / GOODKIND



# 1



**e**ra una enredadera de extraño aspecto. Abigarradas hojas de color oscuro crecían a lo largo de un tallo que estrangulaba el liso tronco de un abeto. La savia goteaba por la desgarrada corteza, y ramas secas se desplomaban, todo lo cual daba la impresión de que el árbol tratara de lanzar una queja al frío y húmedo aire de la mañana. Por todo lo largo de la enredadera sobresalían vainas, que casi parecía que miraran cautelosas alrededor por si alguien estuviera vigilando.

El olor fue lo primero que le llamó la atención, un olor semejante a la descomposición de algo muy desagradable incluso cuando estaba vivo. Richard se pasó la mano por su espesa mata de pelo mientras su mente se desprendía de la bruma de desesperación y se concentraba en observar la enredadera. Buscó otras, pero no había más. Todo lo demás parecía normal. Los arces del bosque Alto Ven estaban teñidos de carmesí y lucían con orgullo su nuevo manto, que se mecía en la suave brisa. Ahora que las noches eran cada vez más frescas, sus primos del bosque del Corzo, más al sur, no tardarían en imitarlos. Los robles se resistían a la nueva estación y aún conservaban sus copas color verde oscuro.

Richard había pasado la mayor parte de su vida en el bosque y conocía todas las plantas, si no por su nombre, sí de vista. Cuando aún era un niño su amigo Zedd solía llevarlo consigo a recolectar determinadas hierbas. Le había enseñado cuáles buscar, dónde crecían y por qué, y además le indicó el nombre de todo lo que se veía. Muchas veces se limitaban a hablar, y el anciano lo trataba como a un igual, tanto en sus respuestas como en sus preguntas. Zedd despertó en Richard la sed de aprender y de saber.

Pero esa enredadera sólo la había visto una vez anteriormente y no fue en el bosque. Había encontrado una ramita en casa de su padre, en el tarro de arcilla azul que Richard hizo de niño. Su padre era un

comerciante y casi siempre viajaba, con la esperanza de adquirir mercancías exóticas o poco habituales. La gente de posibles acudía a él, interesada por sus productos. Lo que de verdad le gustaba a su padre no era tanto encontrar como la búsqueda en sí y nunca le había dolido desprenderse de su último hallazgo, pues eso suponía emprender la busca del siguiente.

Desde temprana edad, Richard pasó mucho tiempo con Zedd cuando su padre estaba ausente. A Michael, el hermano de Richard, unos cuantos años mayor, no le interesaba el bosque ni lo que pudiera enseñarle Zedd. Prefería juntarse con gente rica. Unos cinco años antes Richard había abandonado la casa paterna para vivir solo, pero, a diferencia de su hermano, solía visitar a su padre. Michael siempre estaba ocupado y muy pocas veces se pasaba por allí. Cuando su padre no estaba, siempre dejaba a Richard un mensaje en el tarro azul en el que le comunicaba las últimas noticias, algún chismorreo o le contaba algo que había visto en sus viajes.

Tres semanas atrás, el día en que Michael fue a verlo para decirle que su progenitor había sido asesinado, Richard fue a casa de su padre, aunque su hermano insistió en que no había razón para ello, que él no podía hacer nada. Pero atrás había quedado el tiempo en que Richard hacía lo que le decía su hermano. La gente no lo dejó ver el cuerpo de su padre para ahorrarle el mal trago, pero a él se le revolvió el estómago al contemplar las grandes manchas y charcos de sangre marrón y reseca en el suelo de tablas. Cuando se acercó, los demás enmudecieron y sólo hablaron para ofrecerle sus condolencias, lo que intensificó el desgarrador dolor que sentía. No obstante, los oyó hablar en susurros de las historias y los absurdos rumores de las cosas que llegaban del Límite.

Hablaban de magia.

A Richard lo impresionó el estado en el que había quedado la pequeña casa de su padre; era como si una tormenta se hubiera desatado en su interior. Pocas cosas se habían salvado, entre ellas el tarro azul colocado encima de un anaquel. Dentro encontró la ramita de enredadera. Aún la llevaba en el bolsillo, pero no tenía ni idea de lo que su padre había querido decirle.

Richard se sentía invadido por el dolor y la tristeza y, aunque todavía le quedaba un hermano, se veía abandonado y solo en el mundo. Pese a que muy pronto sería un hombre hecho y derecho, sentía el mismo desamparo que un huérfano. Le ocurrió lo mismo de muy niño, cuando su madre murió. Sin embargo, aunque su padre solía estar ausente, a veces durante semanas, Richard sabía que estaba en alguna parte y que regresaría. Pero ahora no volvería jamás.

Michael se negó a que Richard interviniera en la búsqueda del asesino; dijo que los mejores rastreadores del ejército ya lo estaban buscando y que, por su propio bien, él no debía participar. Así pues, Ri-

chard no le mostró la enredadera y cada día salía en solitario a la busca del asesino. Durante tres semanas se pateó todos los caminos y veredas del bosque del Corzo, incluso trochas que pocos conocían. Pero no halló nada.

Finalmente, y en contra de la razón, decidió seguir su intuición y se dirigió al bosque Alto Ven, cerca del Límite. Richard no podía librarse de la sensación de que él tenía la clave de por qué su padre había sido asesinado. Los susurros que oía en su cabeza se burlaban de él y lo atormentaban con pensamientos que en el último segundo se le escapaban, y se reían de él. Richard trató de convencerse de que no era algo real, que la pena le jugaba malas pasadas.

El joven pensó que la enredadera le daría alguna pista, pero ahora que la había encontrado, no sabía qué pensar. Los susurros ya no se burlaban de él, ahora rumiaban. Richard sabía que era su propia mente, que reflexionaba, y se dijo que debía dejar de pensar en ellos como si tuvieran vida propia. Zedd nunca lo haría.

Entonces alzó la mirada y contempló la agonía del gran abeto. De nuevo pensó en la muerte de su padre. La enredadera había estado allí y ahora estaba matando al árbol; no podía ser nada bueno. Ya no podía hacer nada por su padre, pero no iba a permitir que esa enredadera presidiera otra muerte. La agarró firmemente, tiró y con sus fuertes músculos arrancó del árbol los nervudos zarcillos.

Y entonces la enredadera lo mordió.

Una de las vainas lo atacó y le golpeó el dorso de la mano izquierda, haciendo que el joven saltara hacia atrás por el dolor y la sorpresa. Se inspeccionó la herida, que no era muy grande pero sí profunda, y vio algo parecido a una espina clavada en la carne. Decidido; la enredadera era un problema. Richard hizo ademán de asir el cuchillo para sacarse la espina, pero el cuchillo no estaba. Después de la primera sorpresa, el joven se reprendió a sí mismo por permitir que su estado de ánimo lo hiciera olvidar algo tan básico como llevarse un cuchillo cuando iba al bosque. A falta de algo mejor, usó las uñas para tratar de extraer la espina pero ésta, como si tuviera vida propia, se clavó más profundamente. Cada vez más inquieto, Richard arrastró la uña del pulgar por la herida para tratar de sacársela. Pero cuanto más hurtaba, más hondo se clavaba la espina. Una ardiente oleada de náuseas lo invadió mientras manipulaba la herida. Ésta se ensanchaba cada vez más, por lo que se detuvo. La espina había desaparecido entre la sangre que manaba.

Richard miró a su alrededor y distinguió las otoñales hojas violáceas de un pequeño viburno preñado de bayas azul oscuro. Debajo del arbusto, protegido por una raíz, encontró lo que buscaba: un aum. Aliviado, cortó con cuidado el tierno tallo cerca de la base y, suavemente, lo estrujó de modo que el líquido cayera en la herida. El joven sonrió mientras mentalmente daba las gracias al viejo Zedd por



haberle enseñado que el aum ayudaba a que las heridas curaran más rápidamente. Cada vez que veía esas suaves hojas cubiertas de pelusilla se acordaba de Zedd. El jugo del aum anestesió la herida, pero no fue capaz de extraer la espina. Richard aún sentía cómo se clavaba en su carne.

El joven se agachó e hizo un agujero en la tierra con un dedo, puso dentro el aum y colocó musgo alrededor del tallo para que pudiera crecer de nuevo.

De pronto, el bosque quedó en silencio. Richard alzó la vista y se encogió al ver una gran sombra oscura que saltaba por encima de ramas y hojas. En el aire flotaba un susurro y un silbido. El tamaño de la sombra infundía pavor. Los pájaros, cobijados en los árboles, se dispersaron en todas direcciones lanzando trinos de alarma. Richard miró hacia arriba, tratando de distinguir la fuente de esa sombra entre las aberturas en el dosel verde y dorado. Tuvo una fugaz visión de algo grande, algo grande y rojo. No sabía qué podía ser, pero se estremeció al recordar los rumores y las historias de las cosas que venían del Límite.

Esa enredadera era un problema, se dijo de nuevo, y esa cosa en el cielo, otro. El joven recordó el viejo dicho de que no hay dos sin tres, y no tenía ningunas ganas de toparse con el tercero.

Descartando sus temores, echó a correr. «No es más que la cháchara de gente supersticiosa», se dijo y trató de imaginarse qué podía ser eso tan grande y rojo. Era imposible; no existía un ave de ese tamaño. Quizás era una nube o un efecto de la luz. Pero no podía engañarse a sí mismo. No era ninguna nube.

Mirando hacia arriba para localizar la sombra, el joven corrió hacia el sendero que bordeaba la ladera. Richard sabía que al otro lado de la vereda el terreno caía a pico, por lo que podría observar el cielo sin obstáculos. Las ramas de los árboles, todavía húmedas por la lluvia de la noche anterior, lo golpeaban en la cara mientras corría por el bosque, saltando por encima de árboles caídos y riachuelos cuajados de rocas. La maleza se le enganchaba en los pantalones, y la veteada luz del sol le tentaba a alzar los ojos, al tiempo que lo impedía ver. El joven jadeaba, un sudor frío le corría por el rostro y sentía que el corazón le latía con fuerza mientras él descendía por la ladera sin aflojar el paso. Finalmente, emergió de entre los árboles, tambaleándose, y a punto estuvo de caerse de bruces en el sendero.

Escrutó el cielo y descubrió al ser. Aunque estaba demasiado lejos y era demasiado pequeño para saber qué era, le pareció que tenía alas. Richard entrecerró los ojos e hizo visera con la mano para protegerse del brillante azul del cielo, tratando de asegurarse de que, realmente, veía unas alas que se movían. Pero el ser se deslizó tras una colina y desapareció. Ni siquiera había averiguado si era de color rojo.

Sin aliento, el joven se dejó caer sobre una roca de granito situada a un lado de la senda y distraídamente fue arrancando las ramas muer-

tas de un árbol joven mientras contemplaba el lago Trunt. Tal vez debería contar a Michael lo ocurrido, confiarle lo de la enredadera y el ser rojo en el cielo, aunque sabía que su hermano se reiría de esta última parte. Él mismo se había burlado de tales historias.

No, Michael se enfadaría si se enteraba de que se había acercado al Límite y contravenido sus instrucciones de quedarse al margen en la búsqueda del asesino. Richard sabía que su hermano se preocupaba por él, o no le daría tanto la lata. Ahora que ya era mayor, podía reírse de sus constantes órdenes, aunque tenía que seguir soportando sus miradas de desaprobación.

Richard cortó otra ramita y, lleno de frustración, la lanzó contra una roca plana. El joven decidió que no era nada personal, pues Michael siempre decía a todo el mundo qué tenía que hacer, incluso a su padre.

El joven alejó de su mente las duras críticas de su hermano. Hoy era un día importante para él, pues iba a aceptar el puesto de Primer Consejero. Como tal, Michael estaría a cargo de todo; no sólo de la ciudad del Corzo sino de todas las ciudades y aldeas de la Tierra Occidental, además de la campiña. Sería el responsable de todo y de todos. Michael se merecía el apoyo de Richard y lo necesitaba, también él había perdido a su padre.

Por la tarde se celebraría una ceremonia y una gran celebración en la casa de Michael, a la que acudirían importantes personas venidas de los rincones más remotos de la Tierra Occidental. Richard también había sido invitado. «Al menos, había montones de apetitosa comida», se dijo Richard, que de pronto se dio cuenta de que tenía un hambre de lobo.

Sentado, observaba el lado opuesto del lago Trunt, allá abajo. Desde la altura en la que se encontraba, las transparentes aguas del lago revelaban en algunos puntos las rocas del fondo y, en otros, hierbas alrededor de profundos agujeros. El camino del Buhonero serpenteaba entre los árboles y seguía el borde del lago, por lo que algunos tramos eran claramente visibles y otros permanecían ocultos. Richard había recorrido muchas veces esa parte del camino. En primavera la tierra junto al lago estaba mojada, pero ahora, tan avanzado el año, estaría seca. Más al norte y al sur, el camino culebreaba por el bosque Alto Ven y pasaba inquietantemente cerca del Límite, por lo que los viajeros solían evitarlo y preferían las sendas del bosque del Corzo. Richard era un guía y su trabajo consistía en conducir a los viajeros sanos y salvos por el bosque. La mayoría de tales viajeros eran dignatarios que necesitaban más el prestigio de contar con los servicios de un guía local que una auténtica orientación.

Sus ojos quedaron prendidos en un punto. Algo se movía. Deseoso de saber qué había visto, el joven escudriñó un punto situado en el extremo más alejado del lago, donde el camino pasaba por detrás de

un fino velo de árboles. Al verlo de nuevo ya no tuvo duda: era una persona. Tal vez era su amigo Chase. ¿Quién si no un guardián del Límite se dedicaría a pasear por allí?

Richard se bajó de la peña de un brinco, se sacudió las ramitas y avanzó unos pasos. La figura seguía el camino hacia un lugar despejado al borde del lago. No era Chase, sino una mujer; una mujer ataviada con un buen vestido. ¿Qué hacía una mujer andando sola por el bosque Alto Ven, y además llevando un buen vestido? Richard contempló cómo caminaba junto al lago por el sinuoso camino, apareciendo y desapareciendo de la vista. No parecía llevar ninguna prisa, aunque tampoco paseaba lentamente. Más bien andaba con el paso acompasado de un viajero experimentado. Era lógico; no había ninguna casa cerca del lago Trunt.

Otro movimiento captó la atención del guía, y sus ojos escrutaron las sombras. Tres, no, cuatro, hombres cubiertos con capas y capuchas de color verde seguían a la mujer a una cierta distancia. Los perseguidores se movían sigilosamente, ocultándose tras árboles y rocas. Espiaban. Esperaban. Avanzaban. Richard se enderezó, con los ojos abiertos de par en par y profundamente atento.

Acechaban a la mujer.

La confirmación de que no había dos sin tres.



## 2



**e**n un primer momento Richard se quedó paralizado, sin saber qué hacer. No podía estar seguro de que aquellos hombres acecharan a la mujer, pero si esperaba para cerciorarse sería demasiado tarde. ¿Quién le había dado a él vela en ese entierro? Además, ni siquiera llevaba un cuchillo. ¿Qué podía hacer un hombre desarmado contra cuatro? El joven siguió observando a la mujer y a los cuatro hombres que la seguían.

¿Qué oportunidad tenía la mujer?

Richard se agazapó, con los músculos tensos. El corazón se le aceleró mientras pensaba en las posibilidades. El sol de la mañana le hacía sudar y respiraba entrecortadamente. Sabía que del camino del Buhonero, un poco más adelante de donde se encontraba la mujer, partía un atajo. Trató de acordarse de dónde estaba exactamente. El principal desvío de la bifurcación, el de la izquierda, continuaba alrededor del lago y luego subía la colina, hacia el lugar desde el que Richard vigilaba. Si la mujer permanecía en el camino principal él podía esperarla y avisarla de que la seguían. ¿Pero y entonces qué? Además, tardaría demasiado y los hombres la atraparían antes de que llegara. Una idea empezó a tomar forma en su mente. El joven se levantó de un salto y emprendió un rápido descenso por el camino.

Si podía llegar hasta ella antes de que los hombres la alcanzaran, y antes de la bifurcación, la haría seguir el desvío de la derecha. Esa senda los alejaría de los árboles y los llevaría a unos salientes despejados, lejos del Límite y en dirección a la ciudad del Corzo. Si caminaban rápido les podrían dar esquinazo. Los hombres no sabrían que habían tomado ese desvío y pensarían, al menos durante el tiempo suficiente para engañarlos y ponerla a ella a salvo, que su presa continuaba en el camino principal.

Todavía exhausto por su anterior carrera, Richard corrió como una

exhalación. Jadeaba. El camino volvía a discurrir entre los árboles por lo que, al menos, no tenía que preocuparse de que los hombres lo vieran. Los rayos del sol destellaban entre las copas. El camino estaba flanqueado por viejos pinos, y un suave colchón de hojas amortiguaba sus pasos.

Ya había descendido una buena parte del sendero cuando empezó a buscar el desvío. No podía estar seguro del trecho que había recorrido; el bosque no le ofrecía ningún punto de referencia y tampoco recordaba exactamente dónde nacía el atajo. No era más que una trocha y era muy fácil pasar de largo. Pero el joven siguió adelante, con la esperanza de encontrárselo a cada nuevo recodo. Al mismo tiempo trataba de pensar en qué le diría a la mujer cuando llegara hasta ella. Su mente iba tan rápida como sus piernas. Es posible que lo tomara por un compinche de sus perseguidores, que se asustara o que no lo creyera. No tendría mucho tiempo para convencerla de que fuera con él, de que deseaba ayudarla.

Desde una pequeña elevación el joven buscó de nuevo el desvío, pero no lo vio y siguió corriendo. Ahora resoplaba. Sabía que si no llegaba a la bifurcación antes que ella, los dos estarían atrapados, y no tendría otra alternativa que dejar atrás a los hombres o luchar. Richard se sentía demasiado exhausto para plantearse ninguna de ellas. Este pensamiento le dio alas a los pies. El sudor le corría por la espalda y la camisa se le pegaba a la piel. El frescor de la mañana se había convertido en un calor asfixiante, aunque él sabía que sólo lo sentía así por el esfuerzo que realizaba. El bosque era una mancha borrosa que desfilaba a ambos lados.

Justo antes de una pronunciada curva a la derecha llegó por fin al atajo, y a punto estuvo de saltárselo. Buscó huellas, para comprobar si la mujer había pasado por allí y tomado la trocha. No había ninguna. Aliviado y agotado, Richard cayó de rodillas y se sentó en cuclillas, tratando de recuperar el aliento. Por ahora todo iba bien; había llegado a la bifurcación antes que ella. Ahora tenía que lograr que lo creyera antes de que fuera demasiado tarde.

Mientras se apretaba con la mano derecha el costado, en el que sentía dolorosas punzadas, y trataba de recuperar el resuello, Richard empezó a preocuparse por la posibilidad de hacer el ridículo. ¿Y si no era más que una chica y sus hermanos que jugaban? Quedaría como un tonto. ¡Cómo se reirían de él!

El joven contempló la herida en el dorso de la mano, que se veía roja, y le dolía. Asimismo recordó lo que había visto en el cielo y la decidida manera de andar de la desconocida, no parecía una niña que jugara. Además, era una mujer y no una chica. Richard evocó el estremecimiento de temor que le habían provocado aquellos cuatro hombres. Era el tercer incidente extraño de la mañana: cuatro hombres siguiendo de cerca y sigilosamente a una mujer. No hay dos sin tres.

No, se dijo meneando la cabeza, no se trataba de un juego. Él sabía qué había visto. No era un juego. La estaban acechando.

Richard se irguió un poco y sintió que su cuerpo emitía oleadas de calor. Se dobló por la cintura, con las manos abrazándose las rodillas, e inspiró profundamente antes de erguirse por completo.

Sus ojos se posaron en la mujer, que en ese momento doblaba el recodo y, por un instante, se quedó sin aliento. Su abundante y larga mata de brillante cabello castaño realzaba las curvas de su cuerpo. Era alta, casi tanto como él, y tendría aproximadamente la misma edad. Llevaba un vestido casi blanco, con escote cuadrado y una pequeña bolsa de piel curtida a la cintura. La tela era fina y lisa, parecía incluso relucir. Richard nunca había visto un vestido igual, sin las habituales puntillas ni volantes, sin estampados ni colores que distrajeran del modo en que la tela moldeaba sus formas. Era un vestido simple y elegante. La mujer se detuvo y los largos pliegues del vestido, que arrastraba por el suelo, se arremolinaron regiamente en torno a sus piernas.

Richard se acercó y se detuvo a tres pasos de distancia, pues no quería parecer una amenaza. La mujer se mantenía derecha y en silencio, con los brazos a los lados. Sus cejas se arqueaban airoosamente, como las alas de un halcón en pleno vuelo. Sus ojos verdes se posaron sin miedo en los del joven. La conexión fue tan intensa que a Richard le pareció que su propio yo se perdía en esa mirada. Sentía que la conocía desde siempre, que ella siempre había sido una parte de él, que las necesidades de esa mujer eran las suyas. La desconocida lo contenía con su mirada con la misma firmeza que una argolla de hierro; buscaba sus ojos como si fueran su alma, tratando de hallar una respuesta. «Estoy aquí para ayudarte», dijo Richard mentalmente, y nunca había dicho ni pensado algo más en serio.

La mirada de la mujer se relajó y lo dejó libre. En sus ojos Richard vio algo que lo atrajo más que su belleza: inteligencia. Ésta brillaba en sus ojos, ardía en ella y, por encima de todo, el joven sintió que aquella mujer era totalmente íntegra. Se sentía seguro.

Una alarma se disparó en su mente, recordándole por qué estaba allí y que no había tiempo que perder.

—Estaba allí arriba —dijo señalando—, y te vi.

La mujer miró hacia donde señalaba. Él miró a su vez y se dio cuenta de que señalaba una maraña de ramas y hojas. No podían ver la colina porque los árboles tapaban la vista. El joven bajó el brazo sin decir nada, y trató de obviar la plancha. Los inquisitivos ojos de la mujer volvieron a posarse en los suyos, a la espera.

—Estaba allí, sobre una colina —empezó de nuevo Richard, hablando bajo—. Te vi andando por el camino que bordea el lago. Unos hombres te siguen.

La mujer no mostró ninguna emoción, pero no desvió la mirada.

—¿Cuántos son? —preguntó.

—Cuatro —respondió él, aunque la pregunta se le antojó extraña. La mujer palideció.

Entonces volvió la cabeza, observando el bosque a su espalda y escrutando brevemente las sombras. Finalmente, sus verdes ojos buscaron de nuevo los de Richard.

—¿Quieres ayudarme? —Exceptuando su palidez, su exquisito rostro no revelaba ninguna emoción.

Antes de que su mente formulara el pensamiento, Richard se oyó a sí mismo contestar afirmativamente.

—¿Qué propones? —inquirió la mujer, y su semblante se suavizó.

—Hay una trocha que nace aquí. Si la tomamos y ellos continúan por el camino principal, podremos despistarlos.

—¿Y si no? ¿Y si nos siguen?

—Ocultaré nuestras huellas. —El joven meneaba la cabeza para tratar de tranquilizarla—. No nos seguirán. Vamos, no hay tiempo...

—¿Y si lo hacen? —lo interrumpió ella—. ¿Cuál es tu plan?

—¿Son muy peligrosos? —preguntó Richard tras estudiar brevemente la cara de la desconocida.

—Sí —respondió simplemente, y se puso tensa.

El modo en que pronunció el sí lo sobresaltó. Por los ojos de la mujer cruzó una fugaz mirada de puro terror.

—Bueno, la trocha es estrecha y escarpada —contestó Richard, pasándose una mano por el pelo—. No podrán rodearnos.

—¿Vas armado?

El joven negó con la cabeza, demasiado enfadado consigo mismo por haberse olvidado el cuchillo para responder en voz alta.

La mujer asintió y dijo:

—Entonces debemos darnos prisa.

Tras tomar la decisión no cruzaron ni media palabra más, pues cualquier sonido podría delatarlos. Richard borró sus huellas y le indicó por señas que fuese ella delante, de modo que él quedara entre la mujer y sus perseguidores. La mujer no vaciló. Los pliegues de su vestido ondearon tras ella cuando avanzó. Los jóvenes y exuberantes árboles del Ven se apiñaban a los lados de ambos, convirtiendo la vereda en una estrecha, sombría y verde vía amurallada que se abría paso entre la maleza y el ramaje. No podían ver nada a su alrededor. Richard iba mirando tras de sí, aunque la vista apenas le alcanzaba. La mujer avanzaba con prontitud, sin necesidad de que él la animara.

Al rato la trocha se hizo más empinada y rocosa, y los árboles empezaron a ralear, con lo que se les ofreció una vista más amplia. La trocha serpenteaba bordeando profundos cortes en el terreno y cruzando quebradas cubiertas de hojas. Las hojas secas se dispersaban a su paso. Los pinos y abetos fueron sustituidos por árboles de madera noble, en su mayoría abedules. El sol se filtraba entre las ramas, que se

balanceaban sobre sus cabezas y formaban pequeñas manchas luminosas en el suelo del bosque. Los puntos negros en las cortezas blancas de los abedules daban la impresión de ser cientos de ojos que los vigilaran. Salvo por el estridente graznido de algunos cuervos, en el bosque reinaba un absoluto silencio.

Al llegar a la base de una pared de granito que seguía la trocha, Richard le hizo un gesto para que se acercara, y a continuación se llevó un dedo a los labios para indicarle que debía caminar con mucho cuidado para no hacer ruidos, pues delatarían su posición a sus perseguidores. Cada vez que un cuervo graznaba, el eco difundía el sonido por las colinas. Richard conocía aquel lugar; la forma de la pared de roca podía transportar el sonido a kilómetros de distancia. El joven indicó a la mujer las rocas redondas cubiertas de musgo desparramadas por el liso suelo del bosque. La idea era que caminaran sobre ellas para evitar romper las ramitas ocultas bajo el manto de hojas. Richard apartó algunas hojas para mostrarle las ramas, fingió romperlas y acto seguido se llevó una mano a la oreja. La mujer asintió para indicarle que lo comprendía, se arremangó la falda del vestido con una mano y se dispuso a pisar la primera de las rocas. Richard le tocó un brazo para que volviera a mirarlo y fingió que resbalaba y caía, advirtiéndole así que el musgo estaba resbaladizo. Ella sonrió y asintió de nuevo antes de proseguir. Su inesperada sonrisa emocionó al joven y mitigó su profundo temor. Mientras saltaba de una roca a otra, Richard se permitió confiar en que lograrían escapar.

A medida que la vereda ascendía, los árboles fueron haciéndose menos numerosos. El suelo rocoso no era el más adecuado para que echaran raíces. Muy pronto, los árboles sólo crecían en grietas y se veían nudosos, retorcidos, esmirriados, para no dar la menor oportunidad al viento, que podría arrancarlos de su precario anclaje.

Silenciosamente la pareja dejó atrás los árboles y avanzó por los salientes. Ahora la senda no estaba claramente marcada y había muchos senderos falsos. La mujer volvía a menudo la cabeza para que el joven la guiara en la dirección correcta señalando o con un cabeceo. Richard se preguntaba cuál sería su nombre, pero el temor a sus cuatro perseguidores lo impedía hablar. Aunque la trocha era empinada y difícil, no tuvo que aminorar el paso por ella. La mujer era una buena andarina. Richard se fijó en que llevaba unas buenas botas de piel suave, el tipo de calzado que se pondría un viajero experimentado.

Hacía más de una hora que habían abandonado el bosque y subían a pleno sol por los salientes. Se dirigían al este, aunque después la vereda torcería al oeste. Los hombres que los seguían tendrían que mirar con el sol de cara para poder verlos. Richard procuraba que la mujer avanzara lo más agachada posible y lanzaba frecuentes vistazos hacia atrás, buscando cualquier signo de los hombres. Cuando los vio a orillas del lago Trunt se escondían, pero ahora no había lugar donde



ocultarse. No había ni rastro de ellos, y Richard empezó a sentirse mejor. Nadie los seguía y, probablemente, ya se encontraban a kilómetros del camino del Buhonero. Cuanto más se alejaran del Límite, mejor se sentiría él. Su plan había funcionado.

Puesto que, al parecer, nadie los seguía, Richard deseó poder detenerse para descansar y aliviar el dolor de su mano, pero ella no daba ninguna muestra de que necesitara ni deseara una pausa. La mujer seguía adelante como si sus perseguidores les pisaran los talones. Richard recordó su mirada cuando le preguntó si eran peligrosos y desechó al instante cualquier pensamiento de detenerse.

A medida que la mañana iba avanzando se intensificaba un calor poco habitual en aquella época del año. El cielo era de un brillante color azul, salpicado únicamente por un puñado de tenues nubes blancas que avanzaban perezosamente. Una de ellas parecía una serpiente con la cabeza inclinada y la cola levantada. Era una forma tan poco usual que Richard recordó haberla visto antes ese mismo día, ¿o fue ayer? Tendría que hablarle de ella a Zedd la próxima vez que se encontraran. Zedd leía las nubes, y si Richard se olvidaba de mencionarle que la había visto, tendría que soportar un sermón de una hora sobre la importancia de las nubes. Probablemente Zedd la estaba observando en ese mismo instante y se preguntaría, inquieto, si Richard se había fijado en ella.

La senda los condujo a la cara meridional de la pequeña Montaña Azul, por donde cruzaba un precipicio cortado a pico que daba nombre al monte. La trocha cruzaba el barranco a media altura y ofrecía una vista panorámica de la parte sur del bosque Alto Ven y, a la izquierda, casi oculta tras la pared de roca, las altas y escarpadas cumbres que pertenecían al Límite. Richard distinguió unos agonizantes árboles marrones que resaltaban contra el manto verde. Más arriba aún, más cerca del Límite, los árboles muertos eran numerosos. El joven se dio cuenta de que contemplaba los estragos de la enredadera.

Ambos cruzaron rápidamente el precipicio. Estaban completamente a la vista y sin ningún lugar en el que ocultarse, por lo que cualquiera podría verlos con suma facilidad. Sin embargo, al otro lado la senda empezaría a descender hacia el bosque del Corzo y después hacia la ciudad. Aunque los hombres se dieran cuenta de su error y los siguieran, Richard y la mujer les llevaban mucha ventaja.

Al aproximarse al otro lado del barranco la senda cambiaba. Ya no era una trocha estrecha y traicionera, sino que se ensanchaba lo suficiente para que dos personas pudieran andar una al lado de la otra. Richard rozaba con la mano derecha la pared de roca, tratando de calmarse, al tiempo que miraba por el costado el suelo sembrado de rocas que se extendía a un centenar de metros a sus pies. Se volvió otra vez para comprobar que nadie los seguía. Perfecto.

Al volverse de nuevo, la mujer quedó paralizada, y los pliegues del vestido se le arremolinaron alrededor de las piernas.

Delante de ellos, en la senda que un momento antes estaba vacía, habían aparecido dos de los hombres. Richard era más corpulento que la mayoría de los hombres, pero aquellos lo superaban. Llevaban capas y capuchas de un verde oscuro que les ocultaban el rostro, pero que no lograban disimular la corpulencia de sus musculosos cuerpos. Los pensamientos se agolpaban en la mente del joven mientras trataba de imaginarse cómo se las habrían arreglado para adelantarlos.

Hombre y mujer se volvieron, dispuestos a echar a correr. De arriba cayeron dos cuerdas, y los otros dos hombres se descolgaron por ellas y aterrizaron pesadamente en la senda, cortándoles la retirada. Eran tan corpulentos como los dos primeros. Las hebillas y correas de cuero que llevaban bajo las capas sujetaban un verdadero arsenal de armas, que relucían a la luz del sol.

Richard se volvió hacia los dos primeros, los cuales se echaron atrás las capuchas tranquilamente. Ambos eran rubios, de cuello recio y mostraban rostros de facciones duras pero apuestas.

—Tú puedes pasar, chico. Sólo la queremos a ella. —La voz del hombre sonaba profunda y casi amistosa. No obstante, contenía una amenaza tan cortante como el filo de una espada. Mientras hablaba, el hombre se quitó los guantes de piel y se los guardó en el cinturón, sin dignarse mirar a Richard. Obviamente, no lo consideraba un obstáculo. Parecía ser el jefe, pues los otros tres aguardaban en silencio.

Richard nunca se había encontrado en una situación similar a aquella. Él nunca se permitía perder los estribos y su simpatía lograba casi siempre convertir los ceños en sonrisas. Y, si las palabras no bastaban, era lo suficientemente rápido y fuerte para poner fin a las amenazas antes de que nadie resultara herido, o simplemente daba media vuelta y se iba. Pero sabía que aquellos hombres no querían hablar y era evidente que no le tenían miedo. El joven deseó poder dar media vuelta e irse.

Richard buscó los ojos verdes de la desconocida y contempló el semblante de una mujer orgullosa que le imploraba ayuda.

—No pienso abandonarte —le susurró con voz firme, inclinándose hacia ella.

El rostro de la joven reflejó alivio. Entonces, asintió levemente y posó una mano en el antebrazo de Richard.

—Quédate entre ellos y no permitas que me ataquen todos a la vez —susurró la mujer—. Y no me toques cuando se acerquen a mí. —La mano de ella le apretó el brazo y sus ojos no se apartaron de los del joven, esperando la confirmación de que había entendido sus instrucciones. Richard asintió—. Que los buenos espíritus nos amparen —dijo ella.

Entonces dejó que ambas manos le cayeran a los costados y se volvió para encararse a los dos hombres de su espalda. Tenía el rostro muy sereno y desprovisto de cualquier emoción.

—Lárgate, chico. —La voz del jefe sonaba más dura, y sus feroces ojos azules relampagueaban—. Es mi última oferta —masculló.

Richard tragó saliva y procuró que su voz sonara segura de sí.

—Ambos pasaremos. —El corazón parecía que se le quería salir por la boca.

—No será hoy —replicó el jefe de modo tajante. Dicho esto sacó un cuchillo curvo de inquietante aspecto.

El otro hombre desenvainó una espada corta que llevaba a la espalda y, con una depravada sonrisa, se la pasó por el interior de su musculoso antebrazo, manchando la hoja de sangre. A su espalda Richard percibió el sonido del acero al ser desenvainado. El miedo lo tenía paralizado. Todo estaba ocurriendo demasiado deprisa. No tenían ninguna posibilidad. Ninguna.

Por un breve instante nadie se movió. Richard se encogió cuando los cuatro hombres profirieron gritos de batalla, como hombres dispuestos a morir en un combate a muerte. Entonces lanzaron una aterrador carga, todos a una. El que enarbolaba la espada corta arremetió contra Richard. Mientras lo veía acercarse, el joven oyó detrás de él cómo otro de los hombres agarraba a la mujer.

Entonces, cuando ya casi tenía al atacante encima, se produjo un fuerte impacto en el aire, como un trueno silencioso. No obstante, fue tan violento que sintió un agudo dolor en todas las articulaciones del cuerpo. A su alrededor se levantó un polvo que se extendió en círculo.

El hombre de la espada también se resintió y, por un instante, se olvidó de Richard para concentrarse en la mujer. Se precipitó contra ella. Richard se apoyó en la pared de roca y lo golpeó en pleno pecho con ambos pies tan fuerte como pudo, lanzando al atacante fuera de la senda, hacia el vacío. Los ojos del hombre se abrieron desmesuradamente por la sorpresa al tiempo que caía de espaldas hacia las rocas de abajo, sosteniendo aún la espada en alto con ambas manos.

Richard se llevó un buen susto al ver que uno de los dos atacantes que tenían a su espalda también caía al vacío, con el pecho desgarrado y cubierto de sangre. Antes de poder pensar en ello, el jefe cargó contra la mujer con su cuchillo curvo. Al pasar junto a Richard, lo golpeó con la base de la mano en el centro del pecho. El golpe dejó al joven sin resuello y lo empujó con fuerza contra la pared, impulsando su cabeza contra la roca. Mientras pugnaba por permanecer consciente, el único pensamiento de Richard era que tenía que detenerlo antes de que llegara a la mujer.

Haciendo acopio de unas fuerzas que no sabía que poseía, agarró al hombre por su fornida muñeca y lo obligó a darse la vuelta. El cuchillo trazó un arco hacia él, la hoja brillando a la luz del sol. Los ojos azu-

les del atacante reflejaban un hambre asesina. Richard no había estado tan asustado en su vida.

En ese instante supo que estaba a punto de morir.

Entonces, el último hombre, armado con una espada corta cubierta de sangre, pareció salir de la nada para chocar contra el jefe y hundirle el acero en el vientre. El choque fue tan violento que lanzó a ambos por el precipicio. El grito de rabia del último hombre se oyó durante toda la caída, hasta que se estrelló contra las rocas del fondo.

Un atónito Richard se asomó por el borde, sin poder apartar la vista. Con cierta renuencia se volvió hacia la mujer, temeroso de mirar, aterrorizado de encontrársela cubierta de sangre y muerta. Pero ésta estaba sentada en el suelo, apoyada contra la pared del precipicio, exhausta pero ilesa. Tenía una mirada ausente. Todo había acabado de manera tan repentina que Richard no comprendía qué había pasado ni cómo. De pronto él y la mujer estaban solos, en silencio.

El joven se dejó caer junto a ella en la roca calentada por el sol. El golpe en la cabeza contra la pared le había provocado un intenso dolor de cabeza. Richard no le preguntó si estaba bien, era evidente. Se sentía demasiado abrumado para poder hablar y notaba que a ella le ocurría lo mismo. La mujer se dio cuenta de que tenía sangre en el dorso de la mano y se la limpió en la pared, añadiendo una mancha de sangre a las ya existentes. Richard creyó que iba a devolver.

No podía creer que siguieran vivos. Parecía imposible. ¿Qué había sido ese trueno silencioso? ¿Y el dolor que le causó? Nunca antes había visto nada igual. Se estremecía al recordarlo. Fuera lo que fuese, ella tenía algo que ver, y le había salvado la vida. Había sido algo sobrenatural, y Richard no sabía si quería saber más detalles.

La mujer recostó la cabeza contra la roca, la volvió hacia el joven y le dijo:

—Ni siquiera sé tu nombre. Quería preguntártelo antes pero me daba miedo hablar. —Con un gesto vago señaló el borde del precipicio—. Estaba muy asustada... No quería que nos encontrarán.

Por su voz Richard pensó que iba a echarse a llorar y la miró. Su impresión había sido equivocada, pero él sí tenía ganas de llorar. El joven asintió para indicar que la comprendía.

—Me llamo Richard Cypher.

Los ojos verdes de la mujer escrutaron la faz del joven. La suave brisa impulsaba mechones de pelo hacia su rostro.

—Hay muy pocas personas que se hubieran quedado junto a mí —dijo ella con una sonrisa. A Richard su voz le pareció tan atractiva como el resto de su persona. Hacía juego con la chispa de inteligencia que brillaba en sus ojos. El joven se quedó casi sin aliento—. Eres una persona excepcional, Richard Cypher.

El joven notó consternado que se ruborizaba. La mujer desvió la

mirada, fingiendo que no lo notaba, al tiempo que se apartaba el pelo de la cara.

—Yo me llamo... —Empezó a decir ella, pero se lo pensó mejor, se volvió hacia él y añadió—: Me llamo Kahlan. Kahlan Amnell.

—Tú también eres una persona excepcional, Kahlan Amnell —dijo el joven, mirándola fijamente a los ojos—. Hay muy pocas personas capaces de enfrentarse a esos hombres como hiciste tú.

La mujer no se ruborizó pero sonrió de nuevo. Era una sonrisa extraña, una sonrisa especial que esbozaba con los labios apretados y sin mostrar los dientes; el tipo de sonrisa de alguien que decide confiar en otra persona. Sus ojos centelleaban. Era una sonrisa cómplice.

Richard se llevó la mano a la parte posterior de su dolorida cabeza, se palpó el chichón y con los dedos comprobó si sangraba. En contra de lo que esperaba, no. Entonces volvió a fijar la vista en la mujer, preguntándose qué habría ocurrido, qué habría hecho ella y cómo. Primero estaba lo del trueno silencioso, luego había arrojado a uno de los hombres al vacío, otro había matado al jefe en vez de a ella y después se había matado.

—Bueno, Kahlan, amiga mía, ¿puedes decirme por qué nosotros estamos vivos y ellos han muerto?

—¿Lo dices en serio? —inquirió la mujer sorprendida.

—¿El qué?

—Lo de amiga —respondió en tono vacilante.

—Pues claro. —Richard se encogió de hombros—. Acabas de decir que no te abandoné. Eso sólo lo haría un amigo, ¿no? —El joven le sonrió.

—No lo sé —replicó Kahlan, volviendo la cabeza. Manoseó una manga del vestido y bajó la vista—. Yo nunca he tenido un amigo. Excepto, quizá, mi hermana... —La voz de Kahlan expresaba un profundo pesar.

—Bueno, ahora tienes uno —repuso el joven en su tono más jovial—. Después de todo, acabamos de pasar juntos un mal trago. Nos ayudamos y hemos logrado sobrevivir.

La mujer se limitó a asentir. Richard dejó vagar la mirada por el Ven, el bosque que tan bien conocía. A la luz del sol, el verde de los árboles parecía luminoso y exuberante. Unas manchas marrones a la izquierda le llamaron la atención; correspondían a árboles muertos o moribundos rodeados por otros sanos. Hasta esa mañana, en que encontró la enredadera y ésta lo mordió, no había sospechado que hubiera llegado hasta allí arriba, hasta el Límite. Richard casi nunca se internaba en el bosque Ven tan cerca del Límite. Otras personas se mantenían a kilómetros de distancia y los únicos que se aproximaban eran los viajeros que pasaban por el camino del Buhonero o los cazadores, aunque se cuidaban de guardar las distancias. El Límite era la muerte. Se decía que quien se aventuraba en el Límite no sólo arriesgaba la vida

sino también el alma. Los guardianes se encargaban de mantener lejos a la gente.

—¿Y qué hay de lo otro? —preguntó, mirándola de soslayo—. Me refiero a que sigamos vivos. ¿Cómo es posible?

—Creo que los buenos espíritus nos protegieron —contestó Kahlan, rehuyendo los ojos del joven.

Richard no creyó ni media palabra pero, por mucho que deseara conocer la respuesta, no iba a obligarla a decir algo que no quería. Su padre le había enseñado a respetar el derecho de los demás a guardar sus secretos. A su debido tiempo, y si lo deseaba, Kahlan se le confiaría, pero él no la forzaría.

Todo el mundo tiene secretos, incluso él mismo. De hecho, el asesinato de su padre y los acontecimientos de ese día habían removido cosas en las que el joven prefería no pensar.

—Kahlan —dijo, procurando que su voz sonara tranquilizadora—, ser amigos no significa que tengas que contármelo todo.

La mujer no lo miró, pero asintió.

Richard se puso de pie. La cabeza le dolía, al igual que la mano, y ahora se daba cuenta de que también el pecho, donde aquel hombre lo había golpeado. Para acabarlo de rematar, recordó que tenía hambre. ¡Michael! Había olvidado por completo la fiesta de su hermano mayor. El joven miró al sol y supo que iba a llegar tarde. Ojalá no se perdiera el discurso. Se llevaría a Kahlan consigo, le contaría a su hermano lo de aquellos hombres y le proporcionaría a su nueva amiga protección.

Tendió la mano a Kahlan para ayudarla a levantarse. Ésta lo miró sorprendida. Richard no retiró la mano. La mujer lo miró a los ojos y aceptó la ayuda.

—¿Es que ningún amigo te ha tendido la mano? —inquirió Richard con una sonrisa.

—No —contestó ella, apartando los ojos.

El joven percibió que se sentía incómoda y cambió de tema.

—¿Cuándo ha sido la última vez que comiste algo?

—Hace dos días —repuso ella sin mostrar ninguna emoción.

Richard enarcó las cejas.

—Entonces debes de estar más hambrienta que yo. Vamos, te llevaré a casa de mi hermano. —El joven se asomó por el borde del precipicio y añadió—: Tendremos que decirle lo de los cuerpos. Él sabrá qué hacer. —Y volviéndose otra vez hacia ella, preguntó—: Kahlan, ¿sabes quiénes eran esos hombres?

—Se los conoce como «cuadrilla» —contestó la mujer con mirada dura—. Son, bueno, son como asesinos a sueldo que van en grupos de cuatro. Matan a personas. —Su rostro recuperó la tranquila serenidad que mostraba la primera vez que Richard la vio—. Creo que cuantas menos personas sepan que estoy aquí, más segura estaré.

El joven se sobresaltó; nunca había oído nada parecido. Se pasó la mano por el pelo, tratando de pensar. Su mente se vio asaltada de nuevo por sombríos pensamientos. Por alguna razón, lo aterrizzaba lo que la mujer pudiera decir, pero tenía que preguntar. Y así lo hizo, mirándola fijamente a los ojos y, esta vez, esperando la verdad:

—¿Kahlan, de dónde vino esa cuadrilla?

La mujer estudió el rostro del joven unos momentos antes de contestar.

—Supongo que me siguieron el rastro por la Tierra Central y a través del Límite.

Richard notó una sensación de frío en la piel y un picor que le subía por los brazos hasta la nuca, poniéndole de punta los finos pelos de esa zona. Una ira profundamente enterrada dentro de sí se despertó y sus secretos se removieron.

Tenía que estar mintiendo. A nadie se le ocurriría cruzar el Límite. Absolutamente a nadie.

Nadie podía entrar ni salir de la Tierra Central. El Límite era una suerte de infranqueable muralla desde antes de que él naciera.

Era una tierra mágica.



### 3



**m**ichael vivía en una enorme estructura de piedra blanca, bastante apartada del camino. Los tejados de pizarra, colocados en ángulos e inclinaciones muy diversas, se unían en caprichosas formas, rematadas por una clara-boya emplomada que dejaba pasar la luz al salón principal. Al acceso a la casa, flanqueado por imponentes robles blancos que lo resguardaban del brillante sol de la tarde, atravesaba una buena extensión de prados antes de llegar a los jardines de diseño simétrico, dispuestos a ambos lados. Los jardines estaban en plena floración. Estaba tan avanzado el año que Richard supuso que las flores se habrían criado en invernaderos para aquella ocasión tan especial.

Los invitados, vestidos de punta en blanco, paseaban por los prados y jardines e hicieron que Richard se sintiera fuera de lugar. Era consciente que debía de presentar un aspecto desastroso, con el atuendo que se ponía para ir al bosque, sucio y manchado de sudor, pero no quería perder tiempo pasando por su casa y aseándose. Además, estaba de un humor sombrío y no le importaba su aspecto. Tenía cosas más importantes en que pensar.

Kahlan, por su parte, no desentonaba tanto. Viéndola en su insólito pero llamativo vestido, nadie diría que también ella acababa de salir del bosque. Teniendo en cuenta la cantidad de sangre que se había vertido en el Despeñadero Mocho, era sorprendente que no se hubiera manchado.

En vista de lo mucho que había alterado a Richard saber que había llegado de la Tierra Central atravesando el Límite, Kahlan no había dicho ni media palabra más sobre el tema. Richard necesitaba tiempo para reflexionar sobre ello, y ella no insistió. En vez de eso, la mujer le hizo preguntas sobre la Tierra Occidental, sobre cómo eran sus gentes y dónde vivían. El joven le describió la casa que habitaba en el bosque del Corzo y le contó que trabajaba como guía para los viajeros



que se dirigían a la ciudad del Corzo, o salían de ella, y debían cruzar el bosque.

—¿Tienes chimenea en tu casa? —quiso saber la mujer.

—Sí.

—¿Y enciendes el fuego?

—Pues claro, para cocinar. ¿Por qué?

Kahlan simplemente se encogió de hombros y su mirada se posó en los campos.

—Echo de menos sentarme frente al fuego, eso es todo.

Por perturbadores que hubieran sido los acontecimientos de ese día, que habían venido a añadirse a su pena, era agradable poder hablar con alguien, aunque ese alguien se mostrara tan reservado.

—¿Me muestra su invitación, señor? —pidió una voz grave situada a la sombra de la entrada.

¿Invitación? Richard giró sobre sus talones para ver quién le había hablado y se encontró con una mueca maliciosa. Era su amigo Chase, guardián del Límite. Ambos se saludaron cordialmente con un fuerte apretón de manos.

Chase era un hombre fornido, sin barba ni bigote y con una mata de pelo castaño claro que seguía siendo tan espesa como cuando era joven. Sólo los cabellos grises de las patillas delataban el paso del tiempo. Sus pobladas cejas sombreaban unos ojos de intenso color marrón que lanzaban lentas miradas de soslayo mientras hablaba y que no perdían detalle. Esa costumbre daba a la gente la impresión —totalmente equivocada— de que no prestaba atención. Pese a su corpulencia, Richard sabía que Chase era temiblemente rápido cuando era preciso. El guardián del Límite llevaba un par de cuchillos a un lado del cinturón y una maza de guerra de seis puntas al otro. La empuñadura de una espada corta sobresalía de su hombro derecho y a la izquierda llevaba una ballesta con un juego de flechas con punta de acero y lengüeta que colgaba de una correa de cuero.

—Parece que no quieres perderte la ocasión de comer gratis —comentó Richard, enarcando una ceja.

—No será aquí, como invitado —replicó Chase poniéndose serio y mirando a Kahlan.

Richard se apercibió de lo embarazoso de la situación, cogió a la mujer por el brazo y la hizo avanzar. Ella se aproximó a Chase sin ningún temor.

—Chase, ésta es mi amiga Kahlan —la presentó, al tiempo que le dirigía una sonrisa—. Kahlan, te presento a Dell Marcafierro, aunque todo el mundo lo llama Chase. Es un viejo amigo mío. Con él estamos totalmente seguros. —Y volviéndose hacia Chase añadió—: Puedes confiar en ella.

Kahlan miró al hombretón, le sonrió y lo saludó con una inclinación de cabeza.

Chase la imitó, y así quedaron hechas las presentaciones. La palabra de Richard era toda la garantía que necesitaban. Los ojos del guardián recorrieron la multitud y se detuvieron en varios invitados. Deseoso de sustraerse del interés que despertaban, empujó a sus amigos a un lado, hacia las sombras, apartándolos de los escalones iluminados por el sol.

—Tu hermano ha convocado a todos los guardianes del Límite. —Chase hizo una pausa y volvió a mirar alrededor—. Quiere que nos convirtamos en su guardia personal.

—¿Qué?! ¡Pero eso es absurdo! —Richard no daba crédito a lo que había oído—. Ya tiene a la milicia local y al ejército. ¿Para qué necesita a un puñado de guardianes del Límite?

—Sí, ¿para qué? —Chase llevó la mano izquierda a uno de los cuchillos. Como de costumbre, su rostro no dejaba traslucir ninguna emoción—. Tal vez nos quiere a su alrededor para aparentar. La gente nos teme. Desde que tu padre fue asesinado no has salido del bosque. No es ningún reproche; seguramente yo habría hecho lo mismo. Lo único que digo es que no has estado por aquí. Han sucedido cosas muy extrañas, Richard. Hay gente que llega y se va en plena noche. Michael los llama «ciudadanos preocupados» y dice disparates sobre conspiraciones contra el gobierno. Tiene a los guardianes en pie de guerra.

Richard miró alrededor y no vio a ninguno, aunque sabía que eso no quería decir nada. Si un guardián del Límite no quería ser visto, uno podría tenerlo ante sus narices y no verlo.

Chase tamborileó con los dedos en el mango del cuchillo mientras contemplaba cómo Richard escudriñaba a su alrededor.

—Créeme, mis chicos están ahí fuera.

—¿Y cómo sabes que Michael no tiene razón? Después de todo, el padre del nuevo Primer Consejero ha sido asesinado.

—Conozco la Tierra Occidental como la palma de mi mano —replicó Chase con su más cumplida mirada de desdén—. No hay ninguna conspiración. Si la hubiera, quizás incluso resultara divertido, pero creo que no soy más que una pieza más de la decoración. Michael me dijo que «estuviera visible». —El rostro del guardián se endureció—. Y en cuanto al asesinato de tu padre, bueno, George Cypher y yo nos conocíamos desde hacía mucho tiempo, antes de que tú nacieras, antes incluso del Límite. George era un buen hombre y yo me enorgullecía de poder llamarlo «amigo». —Sus ojos ardieron de rabia. El guardián se apoyó sobre la otra pierna y echó otro vistazo alrededor antes de fijar de nuevo su fiera expresión en Richard—. He retorcido algunos dedos con la fuerza suficiente para lograr que ciertas personas revelaran el nombre del culpable, aunque fuera su propia madre. Créeme, nadie sabe nada, y a más de uno le hubiera gustado poder decirme algo para abreviar nuestra... charla. Es la primera vez

que persigo a alguien y no encuentro la más mínima pista. —Chase cruzó los brazos y su mueca burlona reapareció mientras estudiaba a Richard de la cabeza a los pies—. Y cambiando de tema, ¿de dónde sales con esa pinta? Pareces uno de mis clientes.

—Hemos estado en el Alto Ven —respondió Richard tras lanzar una mirada a Kahlán—. Nos atacaron cuatro hombres.

—¿Algún conocido? —inquirió Chase enarcando una ceja.

Richard negó con la cabeza.

—¿Y adónde se fueron esos tipos después de asaltaros? —preguntó el guardián con el entrecejo fruncido.

—¿Conoces la vereda que cruza el Despeñadero Mocho?

—Pues claro.

—Los encontrarás en las rocas del fondo. Tenemos que hablar.

Chase des cruzó los brazos y miró fijamente a la pareja.

—Iré a echar un vistazo. —Sus cejas formaron una uve—. ¿Cómo lo hicisteis?

—Supongo que los buenos espíritus nos ampararon —repuso Richard tras intercambiar una fugaz mirada con Kahlán.

—¿De veras? —Chase los miró con suspicacia—. Bueno, será mejor que esperes un poco antes de decírselo a Michael. Dudo que él crea en los buenos espíritus. Si lo consideráis necesario —añadió, estudiando ambos rostros—, os podéis quedar en mi casa. Allí estaréis seguros.

Richard pensó en la caterva de hijos de Chase y supo que no quería ponerlos en peligro. Pero, como tampoco deseaba discutir con su amigo, simplemente asintió.

—Será mejor que entremos. Seguro que Michael me echa en falta.

—Una cosa más —apuntó Chase—. Zedd quiere verte. Está muy preocupado por algo. Dice que es muy importante.

Richard miró por encima del hombro y volvió a ver la extraña nube con forma de serpiente.

—Yo también debo verlo —dijo, dándose media vuelta y disponiéndose a marcharse.

—Richard —Chase lo detuvo con una mirada que hubiera dejado fulminado a cualquier otro—, dime qué hacías en el Alto Ven.

—Lo mismo que tú —contestó el joven sin amilanarse—. Buscar una pista.

—¿Y la encontraste? —Chase suavizó el gesto y volvió a esbozar una media sonrisa.

—Sí —asintió Richard al tiempo que alzaba la mano derecha roja y herida—, y muerde.

Ambos se dieron media vuelta y se mezclaron con la multitud. Cruzaron la entrada y se encaminaron al elegante salón central por un suelo de mármol blanco. Las paredes y las columnas, asimismo de mármol, emitían un frío e inquietante resplandor a la luz de los rayos

del sol que entraban por la claraboya. Richard siempre había preferido la calidez de la madera, pero Michael afirmaba que cualquiera podía hacer cualquier cosa con madera, pero que si uno quería mármol tenía que contratar a un montón de personas que vivían en casas de madera para que hicieran el trabajo. Richard recordaba que antes de que muriera su madre, él y Michael solían jugar en el barro a construir casas y fuertes con ramitas. Entonces Michael lo ayudaba, y ahora Richard volvía a necesitar su ayuda, desesperadamente.

Algunos conocidos lo saludaron, pero Richard sólo respondía con una sonrisa inexpresiva o un rápido apretón de manos. Al joven le sorprendió que Kahlan, siendo como era de una tierra extraña, se sintiera tan cómoda entre tanta gente bien. Ya se le había ocurrido que ella debía de ser alguien importante, pues las bandas de asesinos no se toman tantas molestias por alguien insignificante.

A Richard le costaba sonreír a todo el mundo. Si los rumores de que había unos seres que provenían del Límite eran ciertos, toda la Tierra Occidental corría grave peligro. Los campesinos que habitaban las zonas aisladas del valle del Corzo ya no se atrevían a salir de noche y contaban historias de personas que habían sido devoradas. Richard había tratado de convencerlos de que esas personas habían muerto de muerte natural y luego los animales salvajes habían comido de los cuerpos. Era algo corriente. Pero los campesinos arguyeron que se trataba de bestias del cielo. Richard le quitó importancia diciendo que eran tontas supersticiones.

Hasta ahora.

Incluso rodeado de tanta gente, Richard sentía una abrumadora soledad. Estaba confuso y no sabía qué hacer. No sabía a quién recurrir. La única persona que le hacía sentir mejor era Kahlan, pero también lo asustaba. Lo sucedido en el precipicio lo asustaba. Richard tenía ganas de cogerla y abandonar la fiesta.

Zedd sabría qué hacer. Él vivía en la Tierra Central antes del Límite, aunque nunca hablaba sobre ello. Y luego estaba esa perturbadora intuición de que todo esto tenía algo que ver con la muerte de su padre, y que la muerte de su padre tenía algo que ver con sus propios secretos, los secretos que su padre le confiara a él y sólo a él.

—Lo siento, Richard —dijo Kahlan, poniéndole una mano sobre el brazo—. No sabía... lo de tu padre. Lo siento.

—Gracias.— Los aterradores acontecimientos de ese día casi se lo habían hecho olvidar, hasta que Chase volvió a mencionarlo. Pero sólo casi. El joven se encogió ligeramente de hombros. Esperó un momento a que pasara una mujer ataviada con un vestido azul de seda con volantes de encaje blanco alrededor del cuello, los puños y la pechera. El joven mantuvo la mirada gacha para no tener que responder a una eventual sonrisa—. Ocurrió hace tres semanas—. Contó brevemente a Kahlan lo sucedido y ésta lo escuchó.

—Lo siento, Richard. Quizá prefieras estar solo.

—No, está bien así —repuso él, obligándose a sonreír—. Ya he estado solo el tiempo suficiente y siempre ayuda hablar con un amigo.

La mujer le dedicó una fugaz sonrisa y un asentimiento, tras lo cual ambos se abrieron paso entre la multitud. Richard se preguntó dónde se habría metido Michael. Era extraño que todavía no hubiera hecho acto de presencia.

Aunque él había perdido el apetito sabía que Kahlan llevaba dos días sin comer. Debía de poseer un extraordinario dominio de sí misma, decidió Richard, pues estaba rodeada de sabrosos manjares que despedían un aroma tan delicioso que empezaba a cambiar de idea sobre lo de su apetito.

—¿Hambrienta? —le preguntó, inclinándose hacia ella.

—Mucho.

El joven la condujo hacia una larga mesa repleta de manjares. Había grandes fuentes humeantes de salchichas y carne, patatas cocidas, diversos tipos de pescado en salazón así como asado a la parrilla, pavo, montones de hortalizas crudas cortadas a tiras, enormes soperas con sopa de calabaza, cebolla y sopa picante. Tampoco faltaba el pan, el queso, la fruta, las tartas y los pasteles así como barriles de vino y cerveza. Los criados se encargaban de que las fuentes estuvieran siempre llenas. Kahlan los estudió.

—Algunas criadas llevan el pelo largo —comentó—. ¿Está permitido?

—Pues claro —respondió Richard, un tanto perplejo—. Todo el mundo puede llevar el pelo como prefiera. Mira —añadió señalando con disimulo al tiempo que se inclinaba hacia ella—. Esas mujeres de allí son consejeras. Algunas llevan el pelo corto; y otras largo, como deseen. ¿Acaso alguien te ha dicho alguna vez que te cortes el pelo? —inquirió, mirándola de soslayo.

—No. —La mujer enarcó una ceja—. Nadie me lo ha pedido nunca. Pero allí de donde vengo, la longitud del cabello de una mujer indica su posición social.

—¿Significa eso que eres una mujer importante? —Una sonrisa traviesa suavizó la pregunta—. Lo digo porque tienes una mata de pelo muy larga, y también hermosa.

—Algunas personas me creen importante —repuso Kahlan con una sonrisa triste—. Supongo que, después de lo de esta mañana, es inevitable que lo pienses. Sólo podemos ser lo que somos, nada más y nada menos.

—Bueno, si te hago alguna pregunta impropia de un amigo, te doy permiso para que me des un puntapié.

El rostro de Kahlan se iluminó con la misma sonrisa cómplice que le había dedicado antes. Richard sonrió nervioso.

Entonces se fijó en la comida y encontró uno de sus platos favori-

tos: costillas con salsa picante. Sirvió un poco en un plato y lo ofreció a la mujer.

—Prueba esto primero. Es un plato muy apreciado.

—¿Qué tipo de carne es? —preguntó Kahlan recelosa, manteniéndose a distancia del plato.

—Cerdo —contestó Richard un poco sorprendido—. Pruébalo. Es lo mejor que hay aquí, te lo aseguro.

Kahlan se relajó, cogió el plato y comió. Richard devoró media docena de costillas, saboreando cada bocado.

—Prueba esto también —sugirió el joven, sirviendo a ambos unas salchichas.

—¿De qué están hechas estas salchichas? —quiso saber Kahlan, nuevamente recelosa.

—De cerdo, ternera y especias de no sé qué tipo. ¿Por qué? ¿Hay cosas que no puedes comer?

—Sí, algunas —contestó la mujer, sin comprometerse, antes de hincar el diente a una salchicha—. ¿Puedes servirme un poco de sopa picante, por favor?

Richard le sirvió la sopa en un precioso cuenco blanco con borde dorado y se lo cambió por el plato. La mujer asió el cuenco con ambas manos y probó la sopa.

—Está buena, justo como yo la hago —comentó con una sonrisa—. Me parece que nuestras tierras no son tan distintas.

Mientras Kahlan apuraba la sopa, Richard, sintiéndose mejor después de lo que había dicho Kahlan, cogió una gruesa rebanada de pan, puso encima tiras de carne de pollo y, cuando acabó la sopa, le cambió el cuenco por el pan. Kahlan aceptó la rebanada y, mientras comía, se fue retirando hacia un lado del salón. El joven dejó sobre la mesa el cuenco vacío y la siguió, estrechando de vez en cuando alguna mano que le tendían. Las personas que lo hacían criticaban con la mirada su aspecto. Al llegar a un lugar despejado cerca de una columna, la mujer se volvió hacia él.

—¿Podrías traerme un pedazo de queso?

—Por supuesto. ¿De qué clase?

—Cualquiera —respondió Kahlan, escrutando la multitud.

Richard volvió a abrirse paso hacia la mesa entre los muchos invitados y cogió dos pedazos de queso, de los cuales se zampó uno mientras regresaba junto a ella. Kahlan aceptó el otro pedazo pero, en lugar de comérselo, deslizó el brazo hacia el costado y lo dejó caer al suelo, como si hubiera olvidado que lo sostenía.

—¿No te gusta esta clase?

—Odio el queso —dijo la mujer en tono distante. No lo miraba a él, sino al otro lado del salón.

—¿Entonces por qué me lo has pedido? —Richard arrugó el ceño y su voz tenía un cierto deje de irritación.

—No dejes de mirarme —le dijo Kahlan, clavando en él los ojos—. Hay dos hombres detrás de ti, al otro lado del salón. Nos están vigilando. Quería saber si me vigilaban a mí o a ti. Cuando te mandé a por el queso, observaron cómo te marchabas y volvías. A mí no me prestaron ninguna atención. Es a ti a quien vigilan.

Richard le colocó las manos sobre los hombros y dio la vuelta a la mujer para ver a los hombres. Entonces clavó la mirada en el otro extremo de la sala atestada de invitados.

—No son más que dos ayudantes de Michael. Me conocen. Probablemente se estarán preguntando dónde me he metido y por qué tengo este aspecto tan desastroso. —Y, mirándola a los ojos, añadió en voz baja para que nadie más lo oyera—: No pasa nada, Kahlan, relájate. Los hombres que te perseguían están muertos. No tienes nada que temer.

Pero ella negó con la cabeza.

—Vendrán más. No debería estar contigo. No quiero seguir poniendo tu vida en peligro. Tú eres mi amigo.

—Es imposible que otra cuadrilla te encuentre ahora que estás aquí, en la ciudad del Corzo. Es del todo imposible. —Richard sabía lo suficiente sobre seguir pistas para estar seguro de que lo que decía era cierto.

Kahlan enganchó un dedo en el cuello de la camisa del joven y lo atrajo hacia sí. En sus ojos verdes se encendió un destello de intolerancia.

—Cuando abandoné mi patria, cinco magos lanzaron hechizos sobre mi rastro para que nadie supiera adónde había ido ni pudiera seguirme. ¡Y después se mataron para que nadie los obligara a hablar! —susurró lentamente. La ira le hacía apretar los dientes y tenía los ojos húmedos. Empezaba a temblar.

¡Magos! Richard se puso rígido. Finalmente soltó aire, desasíó suavemente la mano de la mujer de su camisa, la sostuvo entre las suyas y en una voz apenas audible en el barullo, dijo:

—Lo siento.

—¡Richard, estoy muy asustada! —Ahora se estremecía visiblemente—. Si no hubiera sido por ti, no sabes qué me hubiera ocurrido hoy. Morir hubiera sido lo de menos. No sé nada acerca de esos hombres. —Kahlan temblaba incontroladamente, totalmente presa de sus miedos.

Al joven se le puso la carne de gallina en los brazos y se la llevó detrás de la columna, donde nadie podría verlos.

—Lo siento, Kahlan. No sé qué está pasando. Al menos tú sabes algo, pero yo estoy totalmente a oscuras. Y también tengo miedo. Hoy en el precipicio... Nunca he estado tan asustado en toda mi vida. Y, de hecho, no hice nada que pudiera salvarnos. —El estado de la mujer hacía que Richard tuviera ánimos para tranquilizarla.

—Lo que hiciste fue más que suficiente —dijo ella, haciendo un esfuerzo por hablar—. Fue suficiente para salvarnos. Si no me hubieras ayudado... No quiero quedarme aquí y que te hagan daño.

—No me pasará nada —la tranquilizó Richard, apretándole la mano con más fuerza—. Tengo un amigo, Zedd, que sabrá qué hacer para que estés a salvo. Zedd resulta un poco extraño pero es el hombre más inteligente que conozco. Si hay alguien que pueda decirnos qué hacer, ése es Zedd. Si esos hombre son capaces de seguirte a cualquier parte, no hay ningún lugar al que puedas huir, porque te encontrarán. Ven conmigo a ver a Zedd. Tan pronto como Michael pronuncie su discurso, nos marcharemos a mi casa. Podrás sentarte frente al fuego y por la mañana iremos a ver a Zedd. —Richard sonrió y señaló con el mentón una ventana próxima—. Mira allí.

Kahlan se volvió y vio a Chase al otro lado de una alta ventana con la parte superior arqueada. El guardián del Límite echó un vistazo a sus espaldas y dirigió a la mujer un guiño tranquilizador y una sonrisa de ánimo, antes de seguir con su vigilancia.

—A Chase le encantaría enfrentarse a una cuadrilla. Y mientras se ocupara de ella te contaría las situaciones realmente peligrosas que ha vivido. Ha estado vigilando fuera desde que le contaste lo de los hombres.

Kahlan esbozó una leve sonrisa, que pronto desapareció.

—No es tan sencillo, Richard. Creí que en la Tierra Occidental estaría segura. Crucé el Límite gracias a la magia. —Seguía temblando, pero empezaba a recuperar el control, alimentándose de la fuerza del hombre—. No sé cómo lograron pasar. Se suponía que era imposible. Ni siquiera debían saber que había abandonado la Tierra Central. De algún modo, las reglas han cambiado.

—Ya nos ocuparemos de eso mañana. Por ahora estás segura. Además, a otra cuadrilla le costaría unos cuantos días llegar hasta aquí, ¿verdad? Eso nos da tiempo para hacer nuestros planes.

Kahlan asintió.

—Gracias, Richard Cypher, amigo. Pero si sé que te pongo en peligro, me marcharé antes de que pueda ocurrirte nada malo. —La mujer desasíó su mano y se enjugó las lágrimas de los párpados—. Aún tengo hambre. ¿Puedo comer algo más?

—Por supuesto. ¿Qué te apetece? —preguntó Richard con una sonrisa.

—Las costillas que me recomendaste eran exquisitas.

Ambos regresaron a la mesa y comieron mientras esperaban a Michael. Richard se sentía mejor, no por las cosas que Kahlan le había contado, sino porque, al menos, ahora sabía algo más y porque había conseguido que ella se sintiera segura a su lado. Hallaría la respuesta al problema de Kahlan y averiguaría qué estaba sucediendo en el Límite. Lo averiguaría por mucho que temiera las respuestas.



La multitud empezó a cuchichear, y todas las cabezas se volvieron hacia el extremo más alejado del salón. Era Michael. Richard cogió a Kahlan de la mano y la condujo hacia ese lado de la habitación, más cerca de su hermano, para que pudiera verlo.

Cuando se subió a una plataforma, Richard supo por qué su hermano había tardado tanto en aparecer. Había esperado hasta que la luz del sol cayera sobre la plataforma, para así situarse bajo ella y lucir su gloria ante todos.

Michael no sólo era más bajo que Richard sino también más grueso y menos musculoso. Los rayos del sol iluminaban una mata de pelo rebelde, y sobre el labio superior lucía un orgulloso bigote. Iba vestido con pantalones blancos holgados y una túnica, asimismo blanca, con mangas abullonadas y ceñida a la cintura con un cinturón dorado. Allí, a plena luz del sol, Michael emitía el mismo frío e inquietante resplandor que el mármol cuando era alcanzado por el sol. Su figura se destacaba poderosamente contra las sombras del fondo.

Richard alzó una mano para llamarle la atención. Michael lo vio y sonrió a su hermano, sosteniéndole la mirada un segundo antes de empezar el discurso y dejar que sus ojos se posaran en la multitud.

—Damas y caballeros, hoy he aceptado el cargo de Primer Consejero de la Tierra Occidental. —La multitud lo aclamó. Michael escuchó la reacción inmóvil y, súbitamente, alzó los brazos pidiendo silencio. Esperó hasta que no se oyó ni una mosca antes de proseguir—. Todos los consejeros de la Tierra Occidental me han elegido para que os lidere en estos tiempos de desafío, porque yo poseo el coraje y la visión de futuro que nos llevará a una nueva era. ¡Hace demasiado tiempo que vivimos mirando al pasado y no al futuro! ¡Hace demasiado tiempo que perseguimos viejos fantasmas y estamos ciegos a los nuevos retos! ¡Hace demasiado tiempo que escuchamos a aquellos que pretenden arrastrarnos a una guerra y hacemos oídos sordos a aquellos que quieren guiarnos hacia el camino de la paz!

La concurrencia enloqueció. Richard estaba atónito. ¿De qué diablos hablaba Michael? ¿De qué guerra? ¡No había nadie contra quien combatir!

Michael volvió a alzar las manos, pero esta vez no esperó a que se hiciera el silencio para continuar.

—¡Yo no pienso quedarme de brazos cruzados mientras esos traidores ponen en peligro a la Tierra Occidental! —gritó con la cara roja de rabia. La multitud lo aclamó de nuevo y esta vez alzó los puños al aire. Richard y Kahlan se miraron.

—Unos ciudadanos preocupados se han presentado para identificar a esos cobardes y traidores. En estos mismos instantes, mientras nosotros unimos nuestros corazones para alcanzar un objetivo común, los guardianes del Límite nos protegen y el ejército rodea a los conspiradores que intrigan contra el gobierno. ¡No son criminales de

baja estofa, como podríais pensar, sino hombres respetados que ocupan posiciones de poder!

Los murmullos se extendieron entre la multitud. Richard se había quedado sin habla. ¿Podía ser cierto eso? ¿Una conspiración? Su hermano no había llegado tan alto sin saber qué ocurría. «Hombres que ocupan posiciones de poder.» Eso explicaría por qué Chase no sabía nada del asunto.

Michael, bañado por un rayo de sol, esperó a que los susurros enmudecieran. Cuando volvió a hablar lo hizo en voz baja y cálida.

—Pero eso es historia. Hoy miramos hacia el nuevo rumbo que tomaremos. Una de las razones por las que he sido elegido Primer Consejero es porque soy un hombre del valle del Corzo pero he vivido toda mi vida a la sombra del Límite, una sombra que ha oscurecido las vidas de todos nosotros. Pero eso es el pasado. La luz del alba disipa las sombras de la noche y nos muestra que nuestros temores no son más que una ilusión de nuestras mentes.

»Debemos confiar en que un día el Límite desaparecerá, pues nada es para siempre. Y cuando ese día llegue, debemos estar preparados para tender nuestra mano en signo de amistad y no empuñar las espadas, tal como algunos querrían. Eso sólo nos conduciría a la futilidad de la guerra y a muertes inútiles.

»¿Debemos malgastar nuestros recursos en prepararnos para combatir contra unas personas de las que llevamos separados mucho tiempo, unas personas de las que muchos de aquí descendemos? ¿Debemos prepararnos para hacer uso de la violencia contra nuestros hermanos y hermanas, simplemente porque no los conocemos? ¡Qué desperdicio! Nuestros recursos estarían mejor empleados si los destináramos a eliminar el sufrimiento que nos rodea. Es posible que los que ahora estamos aquí no lo vivamos, pero cuando llegue el momento deberíamos estar preparados para dar la bienvenida a nuestros hermanos. ¡No solamente debemos unir nuestras dos tierras, sino las tres! ¡Pues un día, cuando el Límite que divide la Tierra Occidental de la Central desaparezca, también desaparecerá el Límite entre la Tierra Central y D'Hara, y las tres tierras se unirán! ¡Alegrémonos, porque llegará el día en que viviremos el gozo del reencuentro, si tenemos el suficiente coraje! ¡Y es gozo se extenderá desde aquí y hoy, en el valle del Corzo!

»Por esta razón he tomado medidas para detener a aquellos que desean lanzarnos a una guerra contra nuestros hermanos sólo porque algún día los Límites desaparecerán. ¡Esto no significa que no necesitemos el ejército, puesto que no sabemos qué peligros nos acechan en el camino hacia la paz, pero sí sabemos que no es preciso inventar peligros!

»Los que estamos reunidos aquí —prosiguió Michael, abarcando la multitud con un ademán— somos el futuro. ¡Vuestra responsabilidad

como consejeros del valle del Corzo es extender el mensaje por todo el país! Llevad nuestro mensaje de paz al pueblo. Ellos leerán la verdad en vuestros corazones. Por favor, ayudadme. Quiero que nuestros hijos y nietos se beneficien de lo que decidamos hoy aquí. Quiero que establezcamos un rumbo de paz que nos lleve al futuro, de modo que, cuando llegue el momento, las generaciones futuras puedan beneficiarse y nos den las gracias.

Michael inclinó la cabeza y apretó ambos puños contra el pecho. La luz del sol relucía a su alrededor. El público se sentía tan conmovido que se mantenía en absoluto silencio. Richard vio algunos hombres con lágrimas en los ojos y mujeres que sollozaban sin recato. Todas las miradas estaban fijas en el orador, que permanecía inmóvil como una estatua.

Richard se había quedado pasmado. Nunca había oído a su hermano hablar con tal elocuencia ni convicción. Lo que decía tenía sentido. Después de todo, allí estaba él, con una mujer de la Tierra Central, del otro lado del Límite, y ya eran amigos.

No obstante, otros cuatro habían tratado de matarlo. No, no exactamente, pensó, lo que querían era matar a la mujer; él sólo se había metido en medio. Le habían ofrecido la oportunidad de marcharse, pero él había preferido quedarse y luchar. Richard siempre había temido a los habitantes del otro lado del Límite, pero ahora era amigo de uno de ellos, tal como Michael decía.

El joven empezaba a ver a su hermano con nuevos ojos. Nunca había visto a nadie capaz de conmovier a una muchedumbre de tal modo con un discurso. Michael abogaba por la paz y la amistad con otros pueblos. ¿Qué podía haber de malo en eso?

Pero entonces, ¿por qué se sentía tan intranquilo?

—Pasemos ahora a la otra parte —continuó Michael—, al sufrimiento real que nos rodea. Mientras nos preocupábamos por los Límites, que no han hecho daño a ninguno de nosotros, las familias, los amigos y los vecinos de muchos de nosotros han sufrido y han muerto. Han sido muertes trágicas e inútiles en accidentes con fuego. Sí, habéis oído bien, con fuego.

La gente farfulló confundida. La conexión entre Michael y el público empezaba a romperse. Pero él parecía esperarlo. Fue mirando un rostro tras otro, dejando que la confusión aumentara para, por fin, señalar con el dedo a alguien.

A Richard.

—¡Mirad! —gritó. Todos se volvieron hacia el joven. Cientos de ojos se posaron en Richard—. ¡Ahí está mi querido hermano! —Richard deseó que la tierra se lo tragara—. ¡Mi querido hermano, que comparte conmigo —aquí Michael se golpeó el pecho— la tragedia de perder a una madre a causa del fuego! El fuego nos arrebató a nuestra madre cuando éramos pequeños y tuvimos que crecer solos, sin

su amor, sin sus cuidados y sin su guía. ¡No la mató un enemigo imaginario llegado del Límite, sino el fuego! Ella no estaba allí para consolarnos cuando llorábamos, ni cuando gritábamos por la noche. Y lo que más duele es que su muerte se pudo evitar.

»Lo siento, amigos míos, perdonadme. —Las lágrimas le corrían por las mejillas y brillaban a la luz del sol. Michael se las enjugó con un pañuelo que, curiosamente, tenía a mano—. Es que esta misma mañana me enteré de que el fuego ha segado la vida de dos jóvenes padres, que dejan una niña huérfana. Esto me ha hecho recordar mi dolor, y no podía permanecer callado. —Michael había reconquistado a la audiencia. Muchos lloraban. Una mujer pasó el brazo alrededor de los hombros de un petrificado Richard y le susurró cuánto sentía la muerte de su madre.

»Me pregunto cuántos de vosotros sentís el mismo dolor con el que mi hermano y yo vivimos cada día. Por favor, que levanten las manos aquellos que tengan un ser querido o un amigo que resultaron heridos por el fuego, o que murieron. —Unas cuantas manos se alzaron y alguien lanzó un lamento.

»Ya lo veis, amigos míos —dijo Michael con voz ronca, extendiendo los brazos a ambos lados—, hay sufrimiento entre nosotros. No necesitamos buscar más allá de esta habitación.

Richard sintió un nudo en la garganta al recordar aquella noche de horror. Un hombre que creía que su padre lo había estafado perdió los estribos y volcó un candil que había sobre una mesa. Richard y su hermano dormían en la habitación de atrás cuando ocurrió. Mientras el hombre arrastraba a su padre afuera, sin dejar de golpearlo, su madre los sacó a los dos de la casa en llamas y luego corrió adentro para salvar algo. Nunca supieron qué. La mujer se quemó viva. Sus gritos hicieron al hombre recuperar el buen juicio, y él su padre trataron en vano de salvarla. Transido de culpa y repugnancia por lo que había hecho, el hombre se marchó corriendo y gritando que lo sentía.

Su padre les dijo un millón de veces que eso ocurría cuando un hombre perdía la cabeza. A Michael le entraba por una oreja y le salía por la otra, pero a Richard le imbuó el temor de dejarse llevar por la cólera y cada vez que estaba a punto de pasar, la reprimía.

Michael se equivocaba; lo que había matado a su madre no había sido el fuego sino un arrebató de furia.

—¿Qué podemos hacer para proteger a nuestras familias del peligro del fuego? —preguntó Michael suavemente, con la cabeza gacha y los brazos colgándole inertes a ambos lados—. No lo sé, amigos míos —se respondió a sí mismo, meneando la cabeza tristemente.

»Pero estoy formando una comisión para tratar este problema y exhorto a cualquier ciudadano preocupado a que presente sus sugerencias. Mi puerta siempre está abierta. Juntos podemos hacer algo. Juntos haremos algo.

»Y ahora, amigos míos, perdonadme y permitid que vaya a consolar a mi hermano, pues me temo que no se esperaba que sacara a colación nuestra tragedia personal y debo pedirle perdón.

Michael bajó de la plataforma de un brinco. La muchedumbre se apartó para dejarlo pasar. Algunos tendieron la mano para tocarlo, pero él no les hizo caso.

Richard permaneció inmóvil, con la vista fija en su hermano, que se acercaba a él. La gente se apartó. Sólo Kahlan se quedó a su lado, rozándole el brazo con los dedos. Los invitados se lanzaron de nuevo sobre la comida y empezaron a hablar animadamente entre ellos y sobre ellos, olvidándose de él. Richard se mantuvo firme y se tragó la rabia que lo invadía.

—¡Vaya discurso, ¿eh?! —se felicitó a sí mismo Michael, dando a su hermano una palmada en el hombro—. ¿Qué te ha parecido?

Richard clavó la vista en el dibujo del suelo de mármol.

—¿Por qué has tenido que hablar de su muerte? ¿Por qué has tenido que contárselo a todo el mundo? ¿Por qué la has utilizado?

—Sé que duele y lo siento —replicó Michael, pasándole un brazo alrededor de los hombros—, pero es para bien. ¿Te fijaste en las lágrimas de sus ojos? Las cosas que he puesto en marcha nos conducirán a una vida mejor y ayudarán a la Tierra Occidental a ganar importancia. He sido sincero; tenemos que afrontar el reto del futuro con emoción y no con miedo.

—¿Y qué quisiste decir con lo de los Límites?

—Las cosas están cambiando, Richard, y yo debo adelantarme a ellas. —La sonrisa se había esfumado—. Sólo me refería a eso. Los Límites no durarán siempre. Ni siquiera creo que se establecieran para que fueran eternos. Todos debemos estar preparados para aceptarlo.

—¿Qué has averiguado acerca del asesinato de papá? —inquirió Richard cambiando de tema—. ¿Han encontrado algo los rastreadores?

—Crece un poco, Richard —respondió Michael, retirando el brazo—. George era un viejo loco. Andaba siempre por ahí recogiendo cosas que no eran suyas. Probablemente cogió algo que pertenecía a la persona equivocada. Alguien con muy malas pulgas y un cuchillo muy grande.

—¡Eso es mentira, y tú lo sabes! —Richard odiaba que Michael llamara a su padre «George»—. ¡Jamás en su vida robó nada!

—Sólo porque el dueño de algo haya muerto hace tiempo no significa que tengas derecho a llevártelo. Obviamente, alguien quería recuperarlo.

—¿Cómo sabes todo esto? ¿Qué has averiguado?

—¡Nada! No es más que sentido común. ¡La casa estaba totalmente revuelta! Alguien buscaba algo y no lo encontró. George se negó a decirle dónde estaba, y el otro lo mató. Tan simple como eso. Los rastreadores dijeron que no había huellas. Probablemente nunca sabre-

mos quién lo hizo. —Michael lo miró desafiante—. Será mejor que aprendas a vivir con ello.

Richard suspiró. Tenía sentido; alguien buscaba algo. No debería enfadarse con Michael por no ser capaz de descubrir quién. Lo había intentado. No obstante, se preguntaba cómo era posible que no hubiera huellas.

—Lo siento. Quizá tengas razón, Michael. ¿De modo que no tuvo nada que ver con la conspiración? —preguntó en una súbita inspiración—. ¿No era nadie que tratara de atacarte a ti?

—No, no, no. —Michael desestimó la idea agitando una mano en el aire—. No tuvo nada que ver. Ya me he ocupado de ese problema. No te preocupes por mí. Estoy a salvo. Todo está bajo control.

Richard asintió. En el rostro de Michael apareció de nuevo una expresión de fastidio.

—Vaya, vaya, hermanito, ¿cómo se te ocurre presentarte con ese aspecto? ¿No podrías haberte limpiado un poco? No será porque no te lo avisara con tiempo. Hace semanas que sabías que hoy daría una fiesta.

Kahlan se le adelantó antes de que pudiera responder. Richard había olvidado que la mujer seguía a su lado.

—Por favor, perdona a tu hermano, no es culpa suya. Tenía que guiarme hasta la ciudad del Corzo y yo llegué tarde. Espero que no haya cometido ninguna falta a tus ojos por mi causa.

—¿Y tú eres...? —Michael la miró de arriba abajo antes de volver a posar sus ojos en el rostro de la mujer.

—Me llamo Kahlan Amnell —contestó ella, irguiéndose y sosteniéndole la mirada.

—Ah, entonces no eres la escolta de mi hermano, como creí —comentó Michael, dirigiéndole una ligera sonrisa y una leve inclinación de cabeza—. ¿De dónde vienes?

—De un lugar muy pequeño, muy lejos de aquí. Estoy segura de que no lo conoces.

Michael no rebatió estas palabras. En vez de eso, se volvió hacia su hermano y preguntó:

—¿Pasarás la noche aquí?

—No, tengo que ir a ver a Zedd. Me han dicho que me anda buscando.

La sonrisa de Michael desapareció como por ensalmo.

—Deberías buscarte mejores amistades. No sacarás nada pasando tu tiempo con ese viejo terco. Y tú, querida —añadió mirando a Kahlan—, serás mi invitada esta noche.

—Tengo otros planes —repuso la mujer con recelo.

Michael la rodeó con sus brazos, le puso ambas manos en el trasero y atrajo con fuerza la mitad inferior del cuerpo de la mujer hacia él. Encajó una pierna entre sus muslos y le dijo con una sonrisa tan fría como una noche invernal:

—Pues cámbialos.

—Quítame las manos de encima. —La voz de Kahlan sonaba dura y peligrosa. Ambos se aguataron la mirada.

Richard estaba atónito. No podía creer lo que hacía su hermano.

—¡Michael! ¡Basta!

Hombre y mujer siguieron enfrentándose, con las caras muy juntas y las miradas prendidas, sin hacer caso de las palabras de Richard. El joven se sentía impotente. No obstante, todos los músculos de su cuerpo se tensaron.

—Me gustas mucho —susurró Michael—. Creo que podría enamorarme de ti.

Kahlan respiraba lentamente.

—No sabes de la misa la media —replicó la mujer con voz serena y controlada—. Ahora, aparta.

En vista de que sus palabras no surtían efecto, puso la uña del dedo índice en el pecho del hombre, justo debajo de la depresión en la base del cuello. Sin dejar de mirarlo a los ojos, empezó a arrastrar lentamente la uña hacia abajo, abriéndole la carne. La sangre brotó. Por un breve instante Michael no se movió, pero enseguida sus ojos reflejaron el dolor que sentía. Soltó de golpe a la mujer y a continuación retrocedió un paso.

Sin mirar atrás, Kahlan abandonó la casa precipitadamente.

Richard no pudo evitar lanzar a su hermano una furiosa mirada y la siguió.